

PERSONAJES

JULIO CESAR.
OCTAVIO CESAR, } Triunviros después de la muerte de
MARCÓ ANTONIO, } Julio César.
M. E. LEPIDO, }
CICERON, } Senadores.
PUBLIO, }
POPILIO LENA, }
MARCÓ BRUTO, }
CASIO, } Conspiradores contra César.
TREBONIO, }
LIGARIO, }
DECIO BRUTO, }
METELIO CIMBER }
CINNA, }
FLAVIO y MARULO, tribunos.
ARTEMIDOR, sofista de Gnidos.
Un adivino.
CINNA, poeta.—Otro poeta.
LUCILO, TICINIO, MESSALA, CATON el joven y VO-
LUMNIO, amigos de Bruto y Casio.—VARRO, CLITO,
CLAUDIO, STRATO, LUCIO, DARDANIO, criados de
Bruto.
CALFURNIA, esposa de César.
PORCIA, esposa de Bruto.

Senadores, ciudadanos, guardias, etc.

Escena.—Durante gran parte de la representación, en Ro-
ma.—Después en Sardis y cerca de Filipo.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Una calle de Roma

Entran FLAVIO, MARULO y una turba de CIUDADANOS

FLAVIO

¡Fuera! A vuestras casas, holgazanes, marchad á vuestras casas! ¿Acaso es hoy día de fiesta? ¡Qué! ¿Sois trabajadores, y no sabéis que en día de trabajo no debéis andar sin la divisa de vuestra profesión?—¡Habla! ¿Cuál es tu oficio?

CIUDADANO 1.º—A la verdad, señor, soy carpintero.

MARULO.—¿Dónde está tu delantal de cuero y tu escuadra? ¿Qué haces luciendo tu mejor vestido?—Y usarcé, señor mío, ¿de qué oficio es?

CIUDADANO 2.º—En verdad, señor, que comparado con un obrero de lo mejor, no soy más, como diríais, que un remendón.

MARULO.—Pero ¿cuál es tu oficio? Responde sin rodeos.

CIUDADANO 2.º—Un oficio, señor, que espero podré ejercer con toda conciencia; y es, en verdad, señor, el de remendar malas suelas.

MARULO.—¿Qué oficio tienes, bellaco? Avieso bellaco, ¿qué oficio?

CIUDADANO 2.º—No os enojéis conmigo, señor, os lo suplico. Pero aún enojado, os puedo remendar.

MARULO.—¿Qué significa esto? ¡Remendarme tú, mozo imprudente!

CIUDADANO 2.º—Es claro, señor; remendar vuestro coturno.

FLAVIO.—¿Es decir que eres zapatero de viejo?

CIUDADANO 2.º—En verdad, señor, yo no vivo sino por la lezna. Ni me entrometo en los asuntos de los negociantes, ni en los de las mujeres, sino con la lezna. Soy en todas veras un cirujano de los calzados viejos. Cuando están en gran peligro los restauro; y la obra de mis manos ha servido á hombres tan correctos, como los que en cualquier tiempo caminaron sobre el cuero más lujoso.

FLAVIO.—¿Pues por qué no estás hoy en tu taller? ¿Por qué llevas á esos hombres á vagar por las calles?

CIUDADANO 2.º—A decir verdad, señor, para que gasten los zapatos y tener yo así más trabajo. Pero ciertamente, si holgamos hoy, es por ver á César y alegrarnos de su triunfo.

MARULO.—¡Regocijarse! ¿de qué? ¿Qué conquista trae á la patria? ¿Qué tributarios le siguen á Roma, engalanando con los lazos de su cautiverio las ruedas de su carro? Vosotros, imbéciles, piedras, menos que cosas inertes, corazones endurecidos, crueles hombres de Roma, ¿no conocísteis á Pompeyo? ¡Cuántas y cuántas veces habéis escalado muros y parapetos, torres y ventanas, y hasta el tope de las chimeneas, llevando en brazos á vuestros pequeños, y os habéis sentado allí todo el largo día en paciente expectación para ver al gran Pompeyo pasar por las calles de Roma! Y apenas veáis asomar su carro ¿no lanzabais una aclamación universal que hacía temblar al Tíber en su lecho al

oir en sus cóncavas márgenes el eco de vuestro clamoreo? ¿Y ahora os engalanáis con vuestros mejores trajes? ¿Y ahora os regaláis con un día de fiesta? ¿Y ahora regáis de flores el camino de aquel que viene en triunfo sobre la sangre de Pompeyo?

¡Marchaos: corred á vuestros hogares, caed de rodillas y rogad á los dioses que suspendan la calamidad que por fuerza ha de caer sobre esta ingratitud!

FLAVIO.—Id, id, buenas gentes, y por esta falta reunid á todos los infelices de vuestra clase; llevadlos á orillas del Tíber y verted vuestras lágrimas en su cauce, hasta que su más humilde corriente llegue á besar la más encumbrada de sus márgenes. (*Salen los ciudadanos*). Mirad si no se conmueve su más vil instinto. Su culpa les ata la lengua, y se ahuyentan. Bajad por aquella vía al Capitolio; yo iré por esta. Desnudad las imágenes si las encontráis recargadas de ceremonias.

MARULO.—¿Podremos hacerlo? Sabéis que es la fiesta Lupercalia.

FLAVIO.—No importa. No dejéis que imagen alguna sea colgada con los trofeos de César. Iré de aquí para allí, y alejaré de las calles al vulgo. Haced lo mismo donde quiera que lo veáis aglomerarse. Estas plumas crecientes, arrancadas á las alas de César, no le dejarán alzar más que un vuelo ordinario. ¿Quién otro se podría cerner sobre la vista de los hombres, y tenernos á todos en servil sobrecoimiento?

(*Salen*).

ESCENA II

Plaza pública en Roma

Entran en procesión, con música, CESAR, ANTONIO, para las carreras, CALFURNIA, PORCIA, DECIO, CICERON, BRUTO, CASIO y CASCA. Síguelos una gran muchedumbre en la cual está un ADIVINO.

CESAR.—Calfurnia.

CASIO.—¡Silencio! César habla.

CÉSAR.—Calfurnia.

CALFURNIA.—Héme aquí, mi señor.

CÉSAR.—Cuando Antonio emprenda la carrera, te colocarás directamente en su camino. ¡Antonio!

ANTONIO.—César, mi señor.

CÉSAR.—No olvides, Antonio, en la rapidez de tu carrera, el tocar á Calfurnia; porque al decir de nuestros mayores, las estériles tocadas en esta santa carrera, se libertan de la maldición de su esterilidad.

ANTONIO.—Tengo que recordarlo. Cuando César dice *Haz esto*, se hace.

ADIVINO.—César.

CÉSAR.—¡Ea! ¿Quién me llama?

CASCA.—¡Que cese todo ruido! otra vez, ¡silencio!

CÉSAR.—¿Quién de entre la multitud me ha llamado? Oigo una voz más vibrante que toda la música, clamar *César*. Habla. César se detiene á oírte.

ADIVINO.—¡Cuidado con los idus de Marzo!

CÉSAR.—¿Quién es este hombre?

BRUTO.—Un agorero os previene que desconfiéis de los idus de Marzo.

CÉSAR.—Traedle á mi presencia. Quiero ver su rostro.

CASIO.—Mozo, sal de la turba y mira á César.

CÉSAR.—¿Qué me dices ahora? Habla de nuevo.

ADIVINO.—Cuidado con los idus de Marzo.

CÉSAR.—Es un soñador. Dejémoslo. Abrid paso.

(Salen todos, menos Bruto y Casio.)

CASIO.—¿Iréis á ver el orden de las carreras?

BRUTO.—¿Yo? No.

CASIO.—Id. Os lo ruego.

BRUTO.—No soy aficionado á juegos. Me falta algo de ese vivaz espíritu que hay en Antonio. Pero no sea yo estorbo á vuestros deseos: me alejaré.

CASIO.—De poco tiempo acá pongo empeño en observaros, Bruto. No encuentro en vuestros ojos aquella suavidad, aquella afectuosa expresión con

que yo debía contar. Os mostráis demasiado rígido y extraño para con este amigo que os ama.

BRUTO.—Casio, no os engaños. Si mi aspecto se ha hecho sombrío, su turbación sólo se refiere á mí mismo. Desde hace poco estoy atormentado por pasiones un tanto desacordes; concepciones que no conciernen sino á mí propio, y que tal vez dan algún campo á mi proceder. No por eso se aflijan mis buenos amigos (de cuyo numero sed uno, Casio), ni dén á mi negligencia otra interpretación que la de estar el pobre Bruto en lucha consigo mismo, olvidando así el dar muestras de afecto á los demás hombres.

CASIO.—Pues, Bruto, he equivocado mucho vuestra pasión; y por esto había yo atesorado en este mi pecho, aspiraciones de alto valor, dignas de ser meditadas. Decidme, buen Bruto, ¿podéis mirar vuestro rostro?

BRUTO.—No, Casio, porque el ojo no se ve á sí propio sino por reflejo, por algunos otros objetos.

CASIO.—Es exacto. Y deplórase mucho que no tengáis, Bruto, espejos que os pongan á la vista vuestra oculta valía, para que podáis mirar vuestra sombra. Allí donde se respetan en Roma á muchos de los mejores (excepto el inmortal César), he oído hablar de Bruto, y gimiendo bajo el yugo de esta época, anhelar porque el noble Bruto abriera los ojos.

BRUTO.—¿A qué peligros querriais arrastrarme, Casio, haciéndome buscar en mí mismo lo que no existe en mí?

CASIO.—Por tanto, buen Bruto, preparaos á oír: y pues conocéis que no podríais miraros de mejor modo que por reflejo, yo, espejo vuestro, os revelaré modestamente aquella parte de vos mismo que no conocéis aún. Ni tengáis recelo de mí, gentil Bruto. Si fuera yo un atolondrado vulgar, ó acostumbrara repetir con manoseados juramentos mi

afecto á cada nuevo pretendiente; ó si supierais que voy en pos de los hombres, los abrazo, estrechamente, y luego los hago blanco del escándalo; ó que de banquete en banquete me prodigo en adhesiones á todos los vencidos, entonces podríais tenerme por peligroso. (*Preudios y aclamaciones*).

BRUTO.—¿Qué significan esas aclamaciones? Temo que el pueblo elija á César por su rey.

CASIO.—¿En verdad teméis eso? Luego debo pensar que no lo deseáis así.

BRUTO.—No lo quisiera, Casio. Y, sin embargo, le amo bastante. Pero, ¿á qué me detenéis aquí tanto tiempo? ¿Qué es lo que deseáis comunicarme? Si es para el bien general, aunque pusierais en un ojo los honores y en el otro la muerte, sería tan indiferente á los unos como á la otra; porque, así me amparen los dioses, como es verdad que amo el nombre del honor más que temo la muerte.

CASIO.—Conozco en vos esa virtud interna, Bruto, como conozco vuestra fisonomía exterior. Pues bien: el honor es el tema de mi relato. No sabría decir lo que vos y otros pensáis de esta vida; pero por lo que á mí toca, á mí solo, preferiría no vivir á vivir en el terror de aquello que es igual á mí. Nací libre, como César; y así nacisteis también. Ambos hemos sido igualmente bien alimentados, y podemos resistir tan bien como él los rigores del invierno. En cierta ocasión, en un día desapacible y borrascoso, cuando el Tíber agitado rompía contra sus márgenes, me dijo César: «¿Te atreverías, Casio, á arrojarte ahora conmigo en estas aguas furiosas, y nadar hasta aquel punto allá arriba?» Apenas lo hubo dicho cuando, equipado como me hallaba, me arrojé al agua y le invité á seguirme, lo cual ciertamente hizo. Rugía el torrente, y luchamos contra él hendiéndole con vigoroso esfuerzo y avanzando con corazones inflamados por la emulación; pero antes de llegar al término, clamó Cé-

sar: «Auxíliame, Casio, ó me sumerjo.» Yo, como nuestro grande antepasado Eneas, que llevó sobre sus hombros al viejo Anquises para salvarlo de las llamas de Troya, llevé al fatigado César salvándolo de las aguas del Tíber. ¡Y este hombre ha llegado ahora á ser un dios! Y Casio es un miserable que se ha de encorvar humildemente si César se digna enviarle siquiera un negligente saludo! En Iberia tuvo una fiebre, y observé cómo temblaba durante el acceso. Sus cobardes labios paldecieron, y esos mismos ojos cuyo ceño intimida hoy al mundo, perdieron su brillo. Le oía gemir, sí; y esa su lengua que invitó á los romanos á distinguirlo y escribir en los libros sus discursos, ¡oh mengua! clamaba como una niña enferma: «¡Dame algo que beber, Ticinio!» ¡Por los dioses! que me confunde el ver á hombre de tan cuitado carácter ir á la cabeza del majestuoso mundo, y llevar la palma él solo.

(*Aclamación*).

BRUTO.—¡Otra aclamación general! Creo que estos aplausos son por algunos nuevos honores prodigados á César.

CASIO.—¡Pero, hombre! El se pasea por el estrecho mundo, como un coloso. Y nosotros, turba mezquina, caminamos bajo sus piernas de gigante, y atisbamos por todos lados para ver de encontrar para nosotros una tumba sin honra. Alguna vez los hombres son dueños de sus destinos. La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, si consentimos en ser inferiores. Bruto y César. ¿Qué habría en ese César? ¿Por qué habría de ser ese nombre más ruidoso que el vuestro? Escribidlos juntos: tampoco es menos vuestro nombre, no es menos simétrico. Pronunciadlos: fácil á la boca. Pesadlos: no pesa menos. Conjurad con ellos: Bruto conmoverá un espíritu tan pronto como César. Y ahora, por todos los dioses juntos,

¿de qué vianda se alimenta este nuestro César para haber llegado á ser tan grande? ¡Vergüenza para nuestra época! Has perdido ¡oh Roma! la prole de las sangres nobles! ¿Cuándo pasó edad alguna desde el gran diluvio sin que fuese famosa por más de un hombre? ¿Cuándo pudieron decir antes de ahora los que de Roma hablaban, que sus vastos muros no contenían sino un hombre? Y existe ahora en verdad Roma y sobra espacio cuando no hay en ella más que un solo hombre. ¡Oh! Vos y yo hemos oído decir á nuestros padres que existió una vez un Bruto que habría sobrellevado en paciencia al mismo eterno demonio, para mantener su rango en Roma, con tanta facilidad como un rey.

BRUTO.—De vuestro afecto no abrigo inquietud. De lo que me induciríais á hacer, no me falta alguna aspiración. Más tarde os diré cómo he pensado en ello y en las cosas de estos tiempos; mas no deseo hacerlo por ahora. Os ruego afectuosamente que no queráis hacerme ir más lejos. Prestaré atención á lo que habéis dicho; escucharé con paciencia lo que tenéis que decir, y hallaré momento oportuno para oír y responder acerca de tan altos propósitos. Hasta entonces, noble amigo mío, medita en eso: Bruto preferiría ser un aldeano á reputarse hijo de Roma en las duras condiciones que estos tiempos parecen imponernos.

(Vuelven á entrar César y su séquito.)

Han terminado los juegos y César está de vuelta.

CASIO.—Cuando pase el cortejo, tirad á Casca de la manga, y él os dirá con su brusca manera cuánto hoy ha ocurrido digno de nota.

BRUTO.—Así lo haré; pero, Casio, mira. La cólera centellea en el ceño de César, y los demás parecen un séquito consternado. Las mejillas de Calpurnia han palidecido; y Cicerón deja ver en sus ojos el mismo fuego intenso que les hemos visto

en el Capitolio cuando le contrariaban algunos senadores.

CASIO.—Casca nos dirá lo que acontece.

CÉSAR.—¿Antonio?

ANTONIO.—César.

CÉSAR.—Rodéame de hombres gordos; hombres de poca cabeza, que duermen bien toda la noche. Allí está Casio con su aspecto escuálido y hambriento.—Piensa demasiado. Hombres así son peligrosos.

ANTONIO.—No le temáis, César. No es peligroso. Es un noble romano, y de muy buena pasta.

CÉSAR.—Le querría más gordo; pero no le temo. Mas si cupiera temor en quien se llama César, no sé de hombre alguno á quien evitaría más pronto que á ese escuálido Casio. Lee mucho, es gran observador, y penetra perfectamente las acciones de los hombres. No es amigo de juegos como tú, Antonio, ni oye música. Rara vez sonríe, y si sonríe es de tal modo que parece burlarse de sí mismo y desdeñar su espíritu por haber sido capaz de sonreír á cosa alguna. Tales hombres jamás pueden estar tranquilos á la vista de alguno más grande que ellos, y por eso son muy peligrosos. Prefiero decirte lo que es de temer, no lo que yo tema; porque siempre soy César. Ven á mi derecha, pues no puedo oír por esta oreja, y dime verazmente lo que piensas de él.

(Salen César y su séquito. Casca se queda atrás.)

CASCA.—Me habéis tirado de la manga. ¿Queríais hablar conmigo?

BRUTO.—Sí, Casca. Decidnos qué ha sucedido hoy para que César parezca tan melancólico?

CASCA.—¿Pues no estabais con él? Yo así lo creía.

BRUTO.—Entonces no preguntaría á Casca lo que ha sucedido.

CASCA.—Pues sucedió que le ofrecieron una corona y al serle ofrecida la apartó con el revés de la mano, así. Y entonces el pueblo se puso á aclamarlo.